4: Bernal Villa SC15 Paez

REVISTA DE FOLKLORE

ORGANO DEL INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGIA

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

SEGUNDA EPOCA
VOLUMEN 1o. No. 1

DICIEMBRE - 1952
BOGOTA - COLOMBIA

[Title Page]

ASPECTOS DE LA CULTURÁ PAEZ

La Fiesta de San Juan en Calderas, Tierradentro

Por Segundo Bernal Villa

I

PUNTO DE PARTIDA

Hacia el norte del municipio de Inzá y al occidente de la confluencia de los ríos Ullucos y Páez, a dos horas de distancia a caballo de los sitios mencionados, se encuentra localizado el corregimiento de San Andrés sobre la margen izquierda del torrente Pisimbalá, afluente del Ullucos. Su nombre aparece registrado en los libros parroquiales desde 1736 cuando el sacerdote José Fernández Belalcázar, en representación del obispo de Popayán, inició por San Andrés de Pisimbalá la visita pastoral a los pueblos paeces.

San Andrés de Pisimbalá es un pueblo con las mismas características que observamos en otros núcleos paeces; es decir, consta de una iglesia, una escuela, la casa cural, la casa del cabildo y algunas otras utilizadas únicamente en la celebración de las fiestas religiosas. Está situada en una pequeña meseta, repisa suspendida en el declive.

En la actualidad, está poblado por blancos y mestizos cuyos métodos de vida, normas de conducta, formas de trabajo, se han impuesto entre los naturales. La resistencia al contacto ha sido vencida, pero todavía afloran en los viejos los resentimientos agresivos contra el blanco. Aculturados casi completamente, muchos de ellos están sumidos en la condición de terrazgueros. El fenómeno del colonizaje de indios y de tierras es el mismo en todas partes. El indio pierde sus tierras y queda postrado en la servidumbre.

En 1926 el Concejo Municipal de Inzá creó una área de población con límites claramente establecidos en común acuer-

do entre las autoridades municipales y el Cabildo. Dentro de esta área se establecieron los colonos. El valle del torrente Pisimbalá es estrecho pero fertilísimo. Todo él pertenece a unas pocas familias de colonos, que han establecido cafetales, cañaverales y hatos. Los indígenas ocupan las partes escarpadas y estériles.

El pueblo de San Andrés consta de veintitrés casas de bahareque y techo pajizo. Una sola es de ladrillo y teja. Su trazo recuerda las líneas generales de las fundaciones españolas: plaza central y casas en su derredor. La iglesia larga, pajiza, blanca, tiene un frontis hermoso, con un campanario, arcos y columnas, estilo que recuerda la arquitectura colonial; ocupa el centro de la plaza y fue construída en la primera década del siglo XIX por el Padre Joaquín Núñez y Tobar. En su costado sur se levanta un vetusto caserón donde funciona la escuela y la casa cural; por los otros puntos la circuyen casas de colonos.

Existen dos tiendas con un regular surtido de mercancías y los miércoles se realiza un pequeño mercado en el que se expende una res, algunos productos agrícolas y chicha.

Hacia la terminación del valle de Pisimbalá, encuéntranse las mesetas no muy extensas de Argentina y El Rodeo. El Rodeo tiene señalada importancia histórica; por largo tiempo se llamó Segovia. Con el espíritu de conquista y colonizaje, fundóse allí la ciudad de Nueva Segovia por el capitán Hernando Arias Saavedra en obedecimiento del mandato del Gobernador Sancho Espinar, quien en 1578 abandonó estas tierras después de su pomposa campaña contra los paeces. Tuvo vida efímera. En esta misma meseta se decidió en favor de Mosquera la revolución que había emprendido contra el gobierno de don Mariano Ospina Rodríguez al derrotar espectacularmente las fuerzas gobiernistas comandadas por el general Joaquín París (1). Asimismo, por mucho tiempo los mercados de muchas leguas a la redonda fueron abastecidos por la sal que se extraía de tres salares que todavía existen en Segovia. Frente a éstos y al otro lado del Ullucos, en Vivorá, también se explotaba otro salar.

En la confluencia de la pequeña quebrada denominada El Escaño con el Pisimbalá, sobre la margen derecha de éste, al pie del filo del Aguacate, sobre una terraza aluvial de dos hectáreas de extensión, hállase situado el Parque Arqueoló-

(1) González, David. Los paeces, manuscrito.

gico de Tierradentro, dependencia del Instituto Colombiano de Antropología. Fundado hace aproximadamente tres lustros, tiene a su cargo el cuidado y conservación de los monumentos arqueológicos conocidos en el mundo científico desde 1936 pero cuyas referencias se remontan hacia la penúltima década del siglo pasado, cuando el doctor Carlos Cuervo Márquez realizó sus exploraciones por tierras de los paeces y gran parte del nevado del Huila. Necrópolis subterráneas, con columnas, columnatas y nichos, pintura negra y roja geometrizada sobre fondo blanco, estatuaria muy semejante a la agustiniana, cerámica y orfebrería, constituyen los principales exponentes de esta cultura apenas conocida en forma descriptiva.

El Parque Arqueológico de Tierradentro ha sido el centro de operaciones de las expediciones científicas que el gobierno nacional ha auspiciado, estimulado y sostenido durante los últimos quince años.

II

POR LOS ZIG-ZAGS DEL CAMINO

Para viajar por caminos tortuosos ha menester de caballos resistentes a la fatiga; el brío debe ceder al paso reposado, pisada firme, marcha continua.

A las once de la mañana partimos del Parque rumbo a Calderas. El camino asciende por el valle del Pisimbalá, primero por su margen derecha y luego por la izquierda atravesando un puente de madera con techo de tabla; desde este puente hasta el pueblo de San Andrés, tres riachuelos cortan su paso: Chapequís, La Virgen y el riachuelo del cementerio. A lo largo de este corto trayecto y a la vera del camino contamos diez casas, pajizas todas excepto una que es de mampostería, teja, pintura al óleo, factura moderna; las otras tienen blancas las paredes, pintadas las puertas y por lo general son limpias y arregladas. Son las casas de mestizos y colonos asentadas en sus respectivas fincas.

A las once y media dejamos el poblado y tomamos la senda que conduce a Calderas; el camino va siempre en ascenso, en zig-zags lentos y resbalosos. A medida que avanzamos van apareciendo casas con techo color grafito, paredes negras cuando son de bahareque, o amarillas, que son las más, cuando las paredes son de caña de maíz; están como hundidas en

los platanares, cañaverales y yucales; el humo azuloso sale vertical y en espesos grumos, de las troneras.

A las doce del día salimos al Mesón, **Supok** en dialecto Páez, pequeña meseta orientada de norte a sur y limitada por este y oeste por grandes depresiones. Levántanse muchas casitas indígenas.

El hermoso valle del torrente Pisimbalá aparece a la vista en toda su extensión; recogido a veces, dilatado más allá, largo siempre y estrecho en la generalidad, desciende suavemente inclinado en busca del ruidoso Ullucos; vestido de una vigorosa vegetación, semeja una verdeante alfombra en cuyos matices participan la soberanía de los cachimbos, los cedros, guamos, guaduas y yarumos y el esplendor de los cañaverales, platanares y los herbazales de los potreros.

Una hora después alcanzamos el filo de **Yukaichi**, límite de las Parcialidades de San Andrés y Calderas y divisoria de aguas del río **Kukiyú** y el torrente Pisimbalá; aquel una profunda garganta y este un cuenco largo. Hacia el norte, el reborde de otro filo limita el horizonte y separa las parcialidades de Suin y Chinas. Destácase en él el pico de **Vichaguau**, el cerro **Dondotá** de doble cresta por medio de las cuales aparece, cuando el firmamento está despejado, el Huila de inmarcesibles ampos donde los áureos rayos solares se quiebran en argentinos resplandores. Hacia el oriente se mira los cerros de **Chindavá** y Potrerito, los collados de **Togoima** y el cañón del Páez. Hacia el sur, distínguense las sierras de **Pangok** y El Aguacate, que separa los valles del Pisimbalá y el Ullucos; las mesas de Pedregal, Turminá e Inzá; el picacho del Trueno, el **Kapich** de los indígenas, cima de silencios, rayos, truenos y tempestades. Por donde se oculta el sol levántase soberbio y desafiante el picacho de **Hipinji** (1), en el cual según el decir de algunos indios, reposan los santos, las campanas, las ropas, el oro y la plata que las huestes paeces arrastraron de San Sebastián de la Plata, después de haber asesinado a todos los moradores blancos, incendiado la ciudad y tapado las famosas minas de plata que dieron nombre a la ciudad, atrajeron gran número de aventureros y no pocas desdichas a los indios. Esta leyenda ha alimentado la fantasía de los blancos y ha impulsado a no pocos a su búsqueda. Cuéntase que al **Hipinji** fueron algunos blancos en busca del legendario tesoro. En la

(1) H = a la h inglesa.
J = a la j francesa.
Sh = a la sh francesa.

cresta del picacho ondeaba una bandera blanca. Un buen día apareció en ésta la siguiente orden misteriosa: "A las doce pueden abrir ese hueco". Se encendieron los afanes, se olvidaron las fatigas y se entregaron con tesón al trabajo. Un peón fue favorecido por la ciega fortuna: sus esfuerzos dieron con una olla, grande, rebosante de oro. En el colmo de su alegría salió en carrera a participarles a sus compañeros el anhelado hallazgo; impulsados por la ambición volaron todos al sitio de la fortuna: y oh! desdicha suma: el tesoro había desaparecido. Minutos después explotaba el polvorín que poseían matando a muchos, mutilando a varios y dejando con vida a muy pocos. La leyenda del **Hipinji** la localizan los blancos en **Tumbéchukue.**

El descenso al **Kukiyú** se efectúa por un filo vertical siguiendo un sendero de innumerables zig-zags, obra auténticamente indígena, es una verdadera obra de ingeniería: ni podía ser por otra parte y sólo podía ser como es. El puente sobre el **Kukiyú** está construído con dos vigas gruesas sobre las cuales se han cosido con bejucos travesaños delgados; como todo puente páez tiene un techo pajizo y barandas laterales.

A las dos de la tarde llegamos al lugar de nuestro destino.

III

PUNTOS NEGROS Y HUMEANTES EN EL HORIZONTE

Desde **Yukaichi** se divisa casi toda la parcialidad de Calderas, al menos la margen izquierda del **Kukiyú**. En el lomo de un collado, a la vuelta de un requiebro, en una meseta ligera, discretamente perdida en un suave declive, o en atrevida pendiente, vénse figuras trapezoidales con resplandores de grafito, sostenidas por hileras de doradas cañas de maíz. Son las casitas de los indios construídas a trechos distantes, hundidas en el verde paisaje de los platanares y cañaverales y por cuyas troneras despiden siempre un espeso y azulado humo, señal de vida y movimiento.

Mientras que para los guajiros el ganado es un símbolo de sustentación y el pastoreo la actividad concomitante, para los paeces la tierra es la sustentadora de los hombres; el negro manto que recubre las rocas, alimenta el monte después de las cosechas; el tiempo dirá cuándo estará maduro y "jecho" para cercar nuevamente las rozas que darán el apetecido maíz, la opulenta arracacha, el menudo fríjol, la lozana col, el grueso y abundante trigo del santo; en los herbazales se nutren las vacas de brillantes y abigarradas pieles; el menudo caballo de veloz carrera y acerada resistencia; las numerosas piaras que se disputan las tiernas raíces de los arbustos; la mansa oveja que brinda la lana para la ruana de los hombres, los anacos de las mujeres y las **kuetand yahas** de ambos.

El trabajo de la tierra constituye un ejercicio cuotidiano de la cooperación. La posesión por el indio es de un derecho indiscutible y la defensa un imperativo categórico. Por poseer la tierra y defender un derecho inalienable Lliban y Juan Chiracol lucharon contra los pijaos. Asimismo, porque los blancos codician sus tierras son enemigos de su convivencia

y se excusan de aceptarlos pretextando cualquier cosa. En la posesión de la tierra está su seguridad y su ventura. La pobreza, tal como ellos la entienden, como carencia de comida y animales, no se debe más que a la desidia de quienes la padecen.

Los niños crecen en comunión continua con las actividades de sus padres. Mientras que la niña ayuda a su madre en los quehaceres del hogar y sale en su compañía a traer la leña de sus rozas respectivas, los niños con su machete al hombro y su jigra de coca y mambe, parejos con su padre, limpian las rozas, hacen cercos, deshierban sus cultivos y cuando la mazorca graha y el trigo espiga, pásanse los días defendiéndolas de los ataques de los loros, guaras, borugos, ardillas y cusumbes. Jóvenes ya, realizan las mismas actividades pero con la esperanza de levantar su casa, casarse, crear hijos, tener animales, coca en abundancia y caña para su chicha. En cierto modo la casa es un apéndice necesario de sus parcelas; aún más, muchas tienen la duración de las rozas. La localización de éstas no contemplan ni la vistosidad del paisaje ni la suavidad del terreno, más bien la inaccesibilidad de las mismas. Unicamente cuando la casa rebasará la vida de una generación llenarán ciertos requisitos: fijeza, edificación en propiedad particular y escogencia del lugar adecuado por el médico bueno (té éu). Un buen día, el dueño determina el sitio: "Está bueno para hacer casa y vivir", dice. Entonces lleva al médico quien por la noche "piensa" si el sitio es conveniente o inconveniente; masca coca y remedios; toma buches de aguardiente y sopla al aire; con un pequeño bastón llamado "tama", hiende el aire en forma tal que a veces parece que asusta a los espíritus, otras los amenaza y en otras los garrotea. Si las señas, movimientos reflejos, se dan en el lado derecho el sitio es bondadoso, lo contrario denota que el sitio es inhabitable. Los espíritus están bravos o en el sitio existen huesos y oro pijaos. Cuando el lugar no ha sido escogido por el médico, aunque la casa sea hermosa, no pueden habitarla, porque los moradores se mueren, comenzando por los hijos, la madre luégo, terminando con el padre. El médico mismo prohibe a las gentes vivir en una casa construída sin llenar este requisito. El dictamen del médico es recompensado con una botella de aguardiente, un huevo (1) de coca, tabaco, un calabazo de chicha y generalmente con una comida de gallina.

(1) Medida de peso equivalente al peso de un huevo de gallina.

Esto se denomina "cuido". Cuando la casa esté terminada el médico pondrá en la cumbrera remedios especiales para evitar que el duende o echi desciendan por allí o puedan enfurecerse.

Después vienen las mingas. Una casa se construye con la ayuda de los demás. Se invita a las gentes, incluso el mismo médico va a trabajar como peón. Se organiza el trabajo. Primero van a traer la madera al monte; bajo la influencia del guarapo la algarabía es resonante; ruidosas las carcajadas; el sonido profundo del "cacho" retumba en las montañas multiplicándose en sus ecos. Luego se ponen a la disposición del maestro de obra. Aplanan la tierra, que formará el piso de la casa; abren los huecos para colocar los horcones, distantes el uno del otro dos metros aproximadamente, bien clavados y sujetos en la parte superior con travesaños amarrados con bejucos (guák); los horcones dibujan la forma de la casa y sobre ellos descansará todo su peso. Sobre esta armazón se ponen transversalmente las pikas, vigas que van de una pared a la otra, para dar solidez al conjunto. En seguida se levantará el techo a cuatro vertientes y se cubrirá con haces de hojas de caña de azúcar (ñushets) o de paja (sits) que se van sujetando en contorno y de abajo para arriba; se remata en la cumbrera, más abultada, recortada en línea recta en ambas vertientes a una caída de unos cincuenta centímetros; en el vértice y a espacios proporcionales se hacen unos amontonamientos de paja en cada uno de los cuales se clava una cruz. El maestro de obra dirige desde el suelo el remate: "Allí falta paja; acá tiene demás", observa con voz de mando.

Las paredes se forman con las altas cañas de maíz, colocándolas en hilera en medio de los horcones y atadas con bejucos a-travesaños, igualmente de caña; de la misma manera se construyen las divisiones de los cuartos interiores y las puertas que por lo general es una: la que da al exterior.

En la construcción todos desempeñan el mismo oficio, salvo el maestro de obra que dirige. Ni el maestro de obra ni los peones cobran, "no es costumbre entre los indios cobrar"; únicamente se cuida con chicha, aguardiente, comida con carne y coca. Al maestro de obra se le obsequia con un calabazo de chicha y una botella de aguardiente, los cuales son repartidos entre los mismos asistentes. Terminada la obra se emborrachan y bailan.

Las mujeres no toman parte directamente en la construc-

ción; ellas cocinan, reparten comida, proveen la casa de leña y agua, conversan, se espulgan mutuamente y se peinan.

Tres tipos de vivienda podemos distinguir entre los paeces, según la mayor o menor introducción y aceptación de elementos arquitectónicos extraños, pues, en la actualidad se generalizan y echan raíces elementos de ajena procedencia: la construcción en bahareque, divisiones interiores en departamentos, plantas de casas en forma de escuadra, utilización de clavos y puertas de tablas y aún hasta de chapas y llaves para asegurar la habitación; en igual forma no es desconocido el blanquimiento de las mismas.

El bohío de planta rectangular es el tipo de habitación más primitivo; menudo y liviano; tosco y sin estética alguna; techo de dos aguas; paredes de caña entretejida con una puerta

de entrada; piso de tierra; la cocina al centro, cueros a su alrededor; jigras colgadas de los horcones; sobre un madero de tres brazos la piedra de moler; interior ennegrecido por el humo; convivencia íntima con los cuyes. Estos ranchos dan la idea de pobreza extrema en sus moradores. Ninguno de éstos es de bahareque.

El segundo tipo de vivienda y el más generalizado y en el cual encontramos más elementos arquitectónicos extraños es la gran casa de planta rectangular, techo de cuatro vertientes, de 15 a 20 metros de largo por cuatro o cinco metros de ancho, con una o dos puertas y dos o tres departamentos, uno de los cuales ocupa las dos terceras partes del espacio construído y el tercio último se subdivide en los cuartos destinados a la cocina uno y para las canoas de chicha y despensa el otro. No son escasas las viviendas de este tipo que llevan el departamento para las mujeres menstruantes (**du yate léchukue**), aunque por lo general se construyan ranchitos aledaños a la casa para tal fin.

En este tipo de vivienda es común encontrar el bahareque, tarimas para dormir, puertas de tabla y a veces el blanquimiento de las paredes.

Esta casa de construcciones forman el pueblo de Calderas, constituído por catorce casas desordenadamente distribuídas en una hermosa meseta de unas veinte hectáreas, cubierta de pastos y atravesada por acequias que conducen el agua a cinco de las casas que son habitadas permanentemente; las otras, aunque tienen propietarios, sirven sólo para las fiestas religiosas cuando el fiestero se traslada allí con su séquito de mayordomos, peones, cocineras y utensilios para servir el aguardiente, la chicha y la comida. Estas casas son espaciosas, de 25 m. de largo por 6m. de ancho; gruesas paredes de barro, con una puerta de tabla a la entrada, la inmensa sala, **ñuhne wala**, tiene trece metros de largo; aquí están el trapiche, el metate (**úkukuat**), la escalera de muesca para subir al zarzo, los **pango pil**, vigas imperfectamente labradas en forma rectangular donde se sientan los hombres; uno de ellos tiene 10 m. de longitud; en uno de los rincones se amontona la leña; el piso es de tierra irregularmente aplanado. En estas espaciosas salas se verifican las concentraciones de gentes que en desfile diario visitan al fiestero; aquí resuena la música, se cuida al albacero, se efectúan los bailes, duermen los borrachos y se muele la caña.

Existen otros cuatro cuartos pequeños de cinco metros de

largo por tres de ancho. Dos de ellos son independientes entre sí con sus respectivas puertas que dan acceso a la sala; uno sirve de cocina y el otro para tostar la arepa. En el otro extremo de la casa están los otros dos unidos entre sí por una puerta y a la sala por otra. En el uno duermen los peones y en el otro están las canoas de chicha, las botellas de aguardiente y las ceras de laurel.

El tercer tipo de habitación, muy escaso en Calderas, es de planta en forma de escuadra. Tiene la sala, dos cocinas y el du yate léchukue. Sea cualquiera el tipo de habitación que una familia páez posée, todos tienen como aditamento inseparable, el trapiche, ya en el interior de la casa o ya ya fuera de ella. En realidad, si se tiene en cuenta que la sustentación básica de los indígenas está dada por el maíz, coles, chicha y coca, esta máquina es imprescindible.

Por otra parte, cada casa está provista de agua, tomada de los manantiales, arroyos o quebradas, mediante la habilísima construcción de acequias que sortean los valles, collados y pendientes. Sus tierras tienen abundantes aguas. Desconocen los pozos artesianos.

En cierta forma, las inmensas salas de las casas de Calderas representan las ramadas que se observan entre los blancos, mestizos e indígenas aculturados de San Andrés; aquí se construyen independientemente de la casa de habitación, con trapiche y horno para cocer el jugo de caña y fabricar la panela. En esta parcialidad, la industria de la panela está bastante desarrollada. En Calderas es desconocida.

Entre los paeces, tierra, matrimonio, familia y casa constituyen una unidad íntima, indisoluble. Da calor y sentido a una serie de complejos emotivos, sentimentales y sociológicos. Comienza cuando el muchacho púber siente la necesidad de una compañera que le ayude a trabajar y mitigue un tanto los ardores de la soledad. El amor despertado por una moza morena de fórmas tentadoras, lo impulsa a solicitarla a sus respectivos padres. "Dame tu hija. Estoy solo y necesito ayuda en mi trabajo", dice el muchacho una vez que, de acuerdo con sus posibilidades, ha cuidado a los suegros con botellas de aguardiente y calábazos de chicha. Los padres siempre acceden a los solicitantes.

A la media noche sale con ella para la casa de sus padres, cuando no tiene la propia. Vivirán juntos varios meses, un año, dos...; durante ese tiempo conocerá si la mujer sabe cocinar, moler maíz, acarrear agua y leña, tejer las ruanas y

las jigras, se dará cuenta de su fidelidad, temperamento y carácter. Sólo entonces buscará padrino, acudirá a donde el cura, comulgará y recibirá la bendición nupcial y regresará a su casa donde las burbujeantes canoas de chicha, el apetitoso "mute" que hierve en la paila, los rústicos tiples y las gratas chirimías, terminarán de sellar la unión. Con la bebida, la comida y la danza vencerán la noche y, a veces, también los días.

Luégo vendrá la construcción de la casa en terreno de su propiedad. Paulatinamente el hombre la irá llenando de **pangopil** para sentarse; de rústicos platos y cucharas para comer; de ollas para cocinar; cueros y a veces tarimas para dormir; del trapiche para moler la jugosa caña; traerá el agua de las fuentes distantes; la proveerá de canoas para fermentar la chicha; comprará machetes, hachas y barretones para labrar la tierra; sembrará plátanos, cañas, cebollas y coles en su huerta; coserá los barzos donde colocará los haces de trigo, las caspas de maíz, el morado fríjol; adquirirá su perro y también —¿por qué no? ha sido su ambición y su esperanza— comprará sus vacas para las fiestas y su caballo para correr San Juan y mover el trapiche. La mujer por su parte criará los cuyes, multiplicará sus gallinas y pavos, velará porque los puercos no se pierdan, esquilará su oveja, tejerá sus **yaha gwala** (jigras de fique) para traer las apretadas mazorcas, los sonoros fríjoles y las verdes coles de las sementeras; hará laboriosamente las multicolores **kuetand yahas** con las cuales rendirá un presente de amor a su marido. Vendrán los hijos que "son una bendición de Dios" con quienes trabajará la tierra el hombre o aliviará las faenas de la cocina la mujer.

La casa da individualidad a la familia, marco sociológico, status y función. La tierra, la casa y la familia son específicas ambiciones de las gentes paeces. Posiblemente representan sus más caros ideales de vida.

IV

FUEGO VIVO PARA UN CULTO

En la conciencia de cada individuo, en el espíritu familiar, el fuego es un símbolo; un símbolo de la casa y del hogar. Casa sin fuego es casa muerta, abandonada.

En la antigüedad, cuando vivían los pijaos sembrando el terror y la muerte, cuando los caciques descendían en las tu-

multuosas ondas de los caudalosos ríos, bajo la imponencia de la negra noche agujereada de estrellas, y mucho más antes todavía, los indios comenzaban su diario trajín solicitando el fuego a una vieja de cabello blanco. Este fuego fenecía cuando la noche extendía su negro manto por el mundo. Unicamente la hoguera de la vieja era inmortal. La monotonía de esta diaria demanda del fuego se convirtió en angustia cuando la perversa anciana resolvió marcharse llevándose consigo el fuego en un trozo de leña. Persiguiéronla todos, le arrebataron el tizón, del cual obtuvieron el fuego para todas las casas de los indios. Este fuego se pudo conservar.

Así rezan los relatos míticos del origen del fuego. Refleja, desde luego la importancia del mismo. La manera como lo conservan, el cuidado que tienen porque el fuego siempre esté

ardiendo en casa, parece que fueran actitudes supérstites de un antiguo culto del fuego. En tiempos pasados el fuego lo obtenían con "el eslabón y la yesca". Comoquiera que sea, los relatos míticos revelan usura de la poseedora del fuego y ansiedad cuando estuvieron a punto de perderlo. Hoy, cuando por descuido se ha extinguido en una casa, utilizan las cerillas de los blancos para reavivarlo.

Los indígenas se acuestan temprano. A las siete de la noche, sobre pieles secas de res, se tienden en cama general los padres y los hijos, conservando en sus cuerpos las ropas que los cubrieron en el día. No usan cobijas. La mujer deja abundante leña en el fogón con cuyo calor se defienden de los rigores del frío de la noche que se filtra por las paredes de cañas. Además, sobre el fogón está una olla de "mute", fríjoles y coles que, cocidos, constituirán el menú de la madrugada. El fuego es reavivado por la mujer a las once de la noche, operación que se repite a las dos de la mañana más o menos. A las cuatro de la mañana todos están en pie. Al amanecer la mujer reparte la comida y en seguida los hombres salen de sus casas con machete al cinto, **kuetand yaha** repleta de coca y mambe a rozar el monte, desyerbar la labranza o ayudar en la dura faena del vecino.

V

LA SAÑA, EL RENCOR Y LA POLITICA

Los indios calderas son conservadores cerrados a la banda. La tradición, el orgullo, la rebeldía tienen mucho que ver en su pasión política. Ni qué hablar de la doctrina conservadora ni de los conceptos políticos. Son conservadores por temperamento, por solidaridad de grupo. Por lo mismo el fanatismo es proverbial. El sólo nombre liberal les produce sarpullidos. Quienquiera que llegue a Calderas por primera vez, la curiosidad del indio estimula el contacto con el mismo. "Cómo te llamas?" "Qué quieres?" "A qué vienes?" "Qué eres, liberal o conservador?" Son las preguntas con que los indígenas y el propio cabildo asedian al visitante. Sobra decir que quien quiere salvar el pellejo o evitar que lo saquen en carrera desenfrenada debe decir inflexiblemente que es conservador. Cuéntase que en 1952 no querían aceptar a las Hermanas Misioneras que llegaban a dirigir la escuela que la nación sostiene. Fue menester que alguien les dijera que eran enviadas por

Laureano Gómez para que todos contestaran a boca llena: entonces, que se queden.

A pesar de su calado conservatismo, los jefes del municipio no logran hacerlos votar por las listas de sus preferencias si previamente no reciben su ración de carne, chicha y aguardiente. Ración y voto forman una unidad indisoluble.

"Yo soy godo hasta los tuétanos, conservador fino", exclamaba uno de los principales de Calderas en medio de su borrachera. "Juan Chiracol también fue conservador", decía otro.

Los indios de Tierradentro han sido liberales desde 1860, gracias a la aureola de vencedor que Mosquera conquistó en los llanos de Segovia. "La batalla de Segovia —dice el padre David González— en la cual tomaron parte los indios y en que Mosquera le dio pábulo a la ferocidad indígena, la marcha sobre Bogotá, que cayó en poder del General rebelde, convirtió a éste a los ojos de los paeces en un semidiós. Ellos desde los más antiguos tiempos de la colonia veneraban el apellido Mosquera; el Marqués don Cristóbal Mosquera y Figueroa había sido su amo, su encomendero, los había llevado a Popayán en cuadrillas a trabajar en sus haciendas, les había dado las inmensas tierras de su encomienda... Naturalmente los indios de Tierradentro desde 1860 quedaron ligados fuertemente al bando político que representaba Mosquera, el liberalismo. En las contiendas guerreras que en lo sucesivo azotaron a la nación los paeces estuvieson indefectiblemente bajo las toldas liberales".

Resulta, pues, singular la filiación política de los indios calderas; hasta no hace una década de años, formaban un islote conservador en medio de una muchedumbre liberal. Posiblemente esta actitud esconda el prurito de defender sus tierras. No son muy marcadas las simpatías de los calderas con las parcialidades limítrofes. "Son rojos" dicen los naturales, mientras los otros les disputan sus tierras y reducen la extensión de la parcialidad. Así han hecho los aviramas, los togoimas y lames. En la actualidad sus relaciones aparecen cordiales, pues, al menos, parecen haberse borrado las diferencias políticas.

Los paeces son extremadamente belicosos, de natural agresivo; se ensañan con facilidad y difícilmente borran el rencor de su alma. Parece que su característica psicológica es la explosión. La historia da muchas pruebas fehacientes. Reacios al yugo español, destructores de las fundaciones coloniales, en

tiempos de la república han servido de instrumentos de ciegas ambiciones y enconos políticos y con su sangre se han alimentado casi todas las contiendas civiles. Se plegan fácilmente al espíritu militar, caudillesco y bárbaro. Son memorables las asonadas habidas en el presente siglo: La Quintinada, la Collada y el 28 de enero, acaecidas en 1916 la primera, en 1932 la segunda y en 1950 la tercera, por motivos racistas, religiosos y rencores políticos, respectivamente.

Porfía en la venganza, crímenes espeluznantes y estremecedores, vertientes de sangre patentizan muchos aspectos de la vida social y política de estos indios.

VI

FIESTEROS, ALBACEROS Y MAYORDOMOS

Faltando más o menos tres meses para la celebración de la fiesta, el cabildo empieza a barajar los nombres de los fiesteros del próximo año. Elegidos los candidatos, el cabildo en pleno se traslada a la casa de éstos, donde después de charlas dilatorias manifiestan la determinación acordada. Las proposiciones se rechazan en principio, pero terminan aceptando el señalado honor.

En seguida, los nuevos fiesteros se dedican a buscar sus ayudantes llamados albaceros y mayordomos. Al finalizar la fiesta, acompañados del cabildo y de los viejos fiesteros, acuden donde el señor cura a hacerse anotar y anunciar como fiesteros del próximo año. Cada cual recibe la bandera de la iglesia, en procesión dan la vuelta a la misma y luego se marchan a una de las casas del pueblo previamente solicitada a su dueño, con el reventar de los cohetes y los acordes de la música. Allí se servirá la chicha y el aguardiente al albacero, mayordomos y asistentes, cuando todavía no han acabado de consumir los licores del viejo fiestero. Igualmente, se dará una comida, para la cual se ha matado un toro.

Pasan los meses. La búsqueda del dinero para sufragar los gastos es imperiosa. Fiesteros y albaceros, con sus mujeres y a veces también con algunos familiares, abandonan sus tierra y retraídos sobre sí mismos toman el camino de Inzá, La Plata o Popayán a contratarse como peones en las haciendas conocidas por ellos personalmente o por referencias fidedignas. Un peso y la comida será su jornal. Ni siquiera la coca

entra en su ración. Marido y mujer realizan los mismos trabajos y devengan el mismo jornal.

A los dos meses regresan nuevamente a su tierra portando en sus jigras la pólvora, el pabilo y la sal. A veces machete fajado al cinto. Sobre el fiestero recae el mayor número de gastos: camarico (1) para el señor cura y los derechos del mismo; bujías para el altar; pólvora para la misa y los cumplidos sociales; limpiada de la iglesia; "cuido" al albacero y atención a los visitantes por espacio de tres semanas. El albacero tiene a su cargo la celebración de las vísperas: alumbrado de la iglesia, vacaloca, castillo y pólvora.

Los mayordomos contribuyen con dinero (un peso) para los derechos del señor cura y velas para el alumbrado de la iglesia.

Tanto el fiestero como el albacero tienen sus peones nombrados por ellos mismos. El fiestero tiene los siguientes: tres para el reparto de la comida; tres chicheros: dos hombres y una mujer; dos moledores de caña; un cohetero y dos cocineras. El acarreo de la caña queda a cargo de los hombres de buena voluntad que asisten diariamente en pos de bebida. El albacero posee los mismos peones y aunque no mata res para gratificarlos sí sacrifica un cerdo para tal fin, especialmente al pirotécnico, con todos los honores de la mesa y el aparato de la etiqueta.

Albacero y fiestero con sus respectivas mujeres no trabajan; su oficio es atender a las gentes.

Toda fiesta religiosa tiene un fiestero principal y otro secundario, con sus respectivos séquitos de albaceros, mayordomos y peones. No existe diferencia de rango entre los dos. Ambos gastan y realizan los mismos actos. Unicamente que el principal verifica primero los actos; lleva, pues, la primacía. No obstante, parece existir cierta competencia entre los dos. Según el derroche y las atenciones se comenta si la fiesta del uno estuvo mejor que la del otro. Además, cierto prestigio implica esto. Así, de los dos fiesteros que acabaron la fiesta de San Juan en el presente año, la del segundo se dice que estuvo mejor, puesto que no se emborrachó, asistió a todas las ceremonias religiosas y atendió muy bien a las gentes. De estas apreciaciones sólo la última es válida, pues fue fundamental la abundancia de comida, chicha y aguardiente; la borrachera continua es índice de buena fiesta. Por otra parte, sabía atender las gentes ya que había sido fiestero en otra época.

Tres semanas antes del día festivo, en casa de los fiesteros se ponen en movimiento. Moliendas de caña, destilación del aguardiente, atención a los visitantes, fabricación de velas y cohetes.

A quince días de la misa los fiesteros, acompañados del cabildo, música y cohetes salen a tomar posesión de la casa del pueblo, con su mujer, sus cocineras, chicheros, repartidores de comida.

En la espaciosa sala se llevarán a cabo todas las atenciones populares. En frente de la casa estará flotando la bandera de la iglesia.

VII

LA MOLIENDA, LA CHICHA Y LOS CHICHEROS

Sobra decir que la fiesta comienza con la molienda. Aunque es común utilizar un caballo para mover el trapiche, lo más general en tiempos de fiesta es que lo muevan brazos humanos, masculinos o femeninos. Es igual. Los dos peones de la molienda colocados a lado y lado del trapiche, en cuclillas, pasa el uno las cañas mientras el otro recibe el bagazo que se va amontonando a un lado para luego repasarlo, labor que se hace hasta por doce veces con el fin de exprimir todo el jugo posible. Los moledores desempeñan el trabajo en silencio cuando no están borrachos; en tanto que lo hacen con diligencia, solaz, risa, gritos, imprecaciones, cuando padecen los efectos del alcohol.

El jugo se recoge en canoas y con menos frecuencia en calabazos y calderos; se lo calienta hasta cerca de la ebullición, para luégo vaciarlo a las canoas, en las que por estar completamente "curadas" la fermentación es rápida. Las canoas están hechas de enormes troncos que alcanzan hasta un metro con cincuenta centímetros de espesor por cuatro o cinco metros de largo. A medida que disminuyen con el consumo, se van rellenando con el jugo fresco de la caña. Las canoas permanecen tapadas con esterillas fabricadas exclusivamente para ese fin. Al día siguiente amanece burbujeante, amariento, con un sabor dulce picante. Es el **beka pes** (chicha fuerte) de los indígenas que lo toman con fruición y deleite. Cinco totumadas de este licor son suficientes para emborracharlos. Guarapo se llama en otras partes, mientras que los paeces lo llaman chicha, de gran importancia para la vida social, y dietética de los mismos. A base de ella tienen significado las fiestas religiosas, se realizan las mingas, se ameniza los bautizos y matrimonios, se gratifica a los visitantes.

El trabajo sin la chicha no se concibe y en tanto trabajan no reciben alimento alguno; sólo se bebe chicha y se mambea. La chicha, pues, suministra las calorías para el trabajo mientras la coca amortigua la sensación de hambre. El consumo de chicha es general para hombres y mujeres, viejos y niños. No existe casa donde la chicha falte por largo tiempo. Y durante los cortos lapsos que escasea, la compran o frecuentan las casas que la poseen. Entre amigos no se vende, se regala:

"conversando, riendo, regalando", dicen acertadamente los indios para pintar esta situación.

Las moliendas de las fiestas son diarias y están en relación directa con el número de visitantes. Las moliendas para las mingas son de dos días, de una semana para los bautizos y hasta de un mes para los matrimonios.

Los recipientes más extendidos de la chicha son las canoas, pero también se utilizan cántaros y grandes ollas de arcilla, enterradas hasta el borde de las mismas.

Los chicheros son dueños absolutos de las canoas, mientras cumplen con su función. Ellos reparten la chicha y aún el mismo fiestero debe solicitarles la cantidad deseada. Nadie toma chicha sin su consentimiento. Asimismo, ellos reciben los regalos que los visitantes dan al fiestero. Este apenas agradece. Aunque siempre toman chicha, no se emborrachan, para cumplir bien con su oficio. Su día tendrán en que sí puedan hacerlo.

VIII

EL AGUARDIENTE DE CAÑA

En los días de la fiesta el aguardiente se destila cada dos o tres días. La destilación es bien fácil. Se prepara el alambique en la siguiente forma:

Una olla de arcilla de buen tamaño: 50 a 60 ctms. de altura por 25 a 30 ctms. de diámetro; contiene guarapo fermentado en dos días, mezclado con anís, eneldo, clavo, canela, anisillo y **bitopiáue**. A veces agregan berbena. Descansa sobre tres piedras que componen el fogón. Sobre los rebordes de esta olla y tapando los intersticios con una pasta de ceniza para evitar el escape del vapor, se coloca otra olla de regular tamaño: 30 cms. de altura por 20 cms. de diámetro. En el interior de ésta se pone un platón de madera ovoidal, acanalado, con un mango, igualmente acanalado, que se une a un tubo de carrizo que atraviesa la olla a la mitad de su altura, por donde corre el aguardiente a los envases (litros y botellas). El fondo de esta olla está perforado con el fin de que pase el vapor del guarapo. Encima de esta vasija se coloca una paila de cobre de unos 15 cm. de altura por unos 30 de diámetro; las junturas van cubiertas con pasta de ceniza. Sobre esta paila cae permanentemente un chorro de agua fría traída por un canal de guadua del exterior; el excedente sale por un tubo

de carrizo colocado en una abertura existente junto al borde. Cuando esta caída de agua no es factible, las mujeres se encargan de cambiar constantemente el agua caliente por fría.

Alambiques de este tipo destilan 15 litros más o menos.

La cantidad de los componentes son los siguientes:

Guarapo, las dos terceras partes del recipiente.

Anís, tres huevos (procedente de Silvia o Neiva).

Eneldo, una libra aproximadamente.

Anisillo (yerba aromática), un huevo.

Bitopiskue (yerba picante), media libra aproximadamente.

Clavo, diez centavos (una onza).
Canela, diez centavos (una onza).

La destilación no encierra ningún misterio. Aunque tiene sus prevenciones. Cualquiera puede asistir pero no puede decir "venda" porque la destilación no rinde. Si sale debe hacerlo en silencio, siendo preferible no salir, porque se llevaría consigo el "corazón" del aguardiente, disminuyendo consiguientemente la cantidad y desmejorando la calidad, pues se pone "frío y desabrido".

La destilación se verifica en cualquier día y a cualquier hora; hasta allá no llegan los celadores de rentas; jamás han permitido control de esta naturaleza y quien tiene la osadía de hacerlo arriesga la vida. Los niños consumen este licor desde los tres años. No conciben los abstemios; "sólo los evangélicos no toman", concluyen.

IX

LA CERA SE DA EN EL MONTE

Antes de que el fiestero salga a radicarse al pueblo, los peones labran las velas, destilan el aguardiente, mientras que el pirotécnico manufactura los cohetes y los castillos.

Las velas se fabrican con cera de laurel silvestre (1), obtenida no ha mucho tiempo de las pepitas colectadas en meses anteriores en los matorrales del monte. Evidentemente, el laurel es un matorral de hojas lanceoladas, que cría silvestre en las rozas después de la cosecha. Por los meses de abril y mayo las ramitas están cargadas de plomizas y menudas pepitas muy semejante a la forma como carga el café. Son comida predilecta de las torcazas y por lo mismo mientras maduran, el dueño, preferentemente los niños, las asustan constantemente. Es un refuerzo a la defensa mágica que ha realizado el médico bueno por insinuación del dueño del monte. Este mismo ha realizado el conjuro para ahuyentar las indeseadas aves: en la carga de su escopeta ha puesto **chayuta** (2) y ha disparado a las torcazas. No regresarán más.

La recolección de las pepitas se hace en mochilas de ilque. Diez peones recolectan en un día una arroba más o menos.

---

(1) Myrica pubescens Willd.
(2) Escrofularéacea.

Por espacio de un mes las secarán dejándolas regadas en un rincón de la casa, para que la cera salga blanca y no verde como saldría de no hacer así.

Para extraer la cera se empacan las pepitas en pequeños costales o mochilas, se cocen así, para luego prensarlos. La cera desprendida cae con agua caliente a un recipiente circular; al día siguiente, se saca el agua que ha quedado en el fondo del recipiente y se deja allí la cera para que solidifique más.

Hasta no hace muchos años la extracción de la cera de laurel era la única industria entre los calderas que les daba ingresos monetarios. Y era el único artículo de comercio activo con los blancos. Desde luego, el precio era remunerativo, se vendía a peso la libra; en la actualidad, apenas vale cuarenta centavos. No existe, pues; mercado para este artículo. Los fiesteros y los albaceros tienen bloques de cera en sus estrados. Los peones la diluyen en una paila de cobre, la echan luego en tubos de guadua mezclada con agua caliente para evitar que se solidifique pronto. Allí van metiendo los pabilos recortados en diversos tamaños, para impregnarlos de cera, sacarlos al aire para que endurezcan, nuevamente impregnarlos de cera y así sucesivamente hasta dar a la vela el grosor deseado. Varias docenas se fabrican; unas grandes para la mesa, otras medianas para la iglesia y otras más pequeñas para los mayordomos.

X

LA POLVORA

Los paeces desconocen en absoluto el método de obtener pólvora. Y para explicar su obtención circula la dolorosa leyenda de que se hace de los seres humanos. Procede de un hombre gordo, dicen; engordado expresamente para ese fin. Lo cuelgan, le introducen una varilla de hierro al rojo vivo por el recto; chorrea manteca; esa manteca es la pólvora. Por eso no quieren mandar a sus hijos a tierras lejanas donde vive el blanco. Creen que servirán para obtener pólvora. "Los blancos quieren mucho a los indios para obtener pólvora".

Los indios compran la pólvora en los centros urbanos. La elaboran. La técnica casi es de dominio común.

Los granos explosivos los hacen de la siguiente manera. En cartuchitos de piel de oveja se llena la pólvora; estos cartuchos

se lían fuertemente con hilos de fique. En seguida se agujerean de manera que la pólvora pueda hacer contacto con la mecha correspondiente. Con estos granos explosivos se manufacturan:

Cohetes: un grano atado a un corto palito.

Voladores: tubos de carrizo lleno de pólvora con un grano explosivo, atado a una vara larga. Se elevan a alturas considerables y terminan con una explosión.

Pedreros: cohetes de tres granos atados a un palito.

Castillo: figura semejante a la mitad de una elipse, hecha con varas flexibles y sobre las cuales van atados los granos explosivos.

El pirotécnico es nombrado especialmente por el fiestero o el albacero y en el momento de la fiesta distribuye personalmente los cohetes entre los mayores, reluciendo su deferencia. El albacero tiene que matar un cerdo o una oveja para gratificarlo por su trabajo.

La elaboración de estos artefactos es morosa: un mes y hasta más; no porque sea complicado sino porque el trabajo continuo de esto es aburridor.

En la elaboración de estos cohetes, con la relativa quietud que esto implica, puede el hombre conocer un destino que posiblemente era insospechado: ser médico. Al estar sentado en su oficio puede sentir las "señas" que le anuncian su futura actividad. Así sucedió con un buen médico de Calderas. De joven nada sabía de remedios ni de "señas". Pero al estar haciendo cohetes sintió las señas. Tenía cinco hijos entonces. En seguida se puso a aprender con otro médico afamado cuáles eran los buenos o malos remedios. Puso en práctica sus conocimientos, curó a un enfermo y se consagró como buen médico. Las señas, dicen, son mandadas por Dios.

XI

TOTUMOS Y ETIQUETA

Existen tres tipos de totumos con los cuales se reparte la chicha y en cuyo orden de uso se vislumbra jerarquía, mayoridad y status elevado; unos totumos sirven para todos los asistentes de ambos sexos y de todas las edades; otros únicamente para determinada clase de gentes.

El primer tipo es pequeño, abierto ovoidalmente, formado por la mitad de un totumo. En dialecto páez se llama **Shup**

shachi. A todos los visitantes, sin distingos de sexo, edad, ni status se les brinda con dos mates de éstos; el primero es de "agua fuerte" para calmar la sed, en tanto que el segundo es de chicha, de la auténtica chicha fuerte.

El segundo tipo de vaso es el **shachi pitán** (totumo capitán), de mayor capacidad que el primero, de forma ovoidal y abierto por uno de los extremos. Las gentes de mayor respeto de ambos sexos, adultos y viejos, reciben chicha en estos totumos,

después de haber tomado en los **shup shachi**. Significa cierta deferencia de parte del anfitrión y por lo mismo quiere que se emborrachen. Los favorecidos con estos totumos brindan a todos los asistentes, quienes lo reciben, lo prueban y lo devuelven a manos del dueño. El **shachi pitán** ha pasado de boca en boca, pero el contenido permanece casi intacto; tiene que tomárselo el dueño.

Los peones y mayordomos que están a su servicio, el albacero, el síndico, los ancianos de gran deferencia, después de haber recibido chicha en el **shup shachi** y en el **shachi pitán**, reciben un totumo más grande y dentro del cual va un totumito pequeñito (**shachi léchukue**), se denomina **suilté**. La donación de esto tiene su etiqueta. El anfitrión sale con el **suilté** en las manos, llena el **shachi léchukue** de chicha y lo pasa a la persona de su preferencia y respeto; este recibe, bebe y devuelve el totumito; en seguida recibe el **suilté**. Este a su vez llena el totumito y obsequia a quien así lo atiende. Luego sigue repartiendo la chicha entre todos los asistentes, empezando por los mayores de edad, hombres primero y luego mujeres, y terminando con los niños de ambos sexos. Nadie se queda sin su ración.

XII

LIMPIADA DE LA IGLESIA

La llamada iglesia de Calderas, obra de mampostería, es un vetusto caserón, largo, alto, techo pajizo, de dos vertientes, con un campanario semiesférico sostenido por cuatro maderos que se afirman en la cumbrera. Solo un frente de cuatro columnas con cornizas y arcos de medio punto que forman una antecámara, le dan cierta gracia al conjunto.

Limpiar la iglesia llaman a la sacada de algunas hierbas que crecen en el empedrado de la parte frontal y a la aclaración de una línea que dibuja una plazuela. El trabajo es mínimo, pero se realiza siempre. La actividad es más que toda simbólica; lo que importa es la reunión de los fiesteros con sus respectivos albaceros y peones; el motivo para cuidar al albacero, la oportunidad para el esparcimiento, la charla, los chistes y aún para el juego mismo.

Faltando unos doce días para la fiesta y en un día jueves, acompañados por el cabildo, la música y los cohetes, el fiestero abandona su casa y pasa a ocupar una del pueblo. Trae

consigo el toro que será sacrificado al día siguiente. Dos días después, es decir, lunes, se efectúa la limpiada de la iglesia. Raras veces se realiza los miércoles. El repique de campanas anuncia el convite y el mismo avisará a las gentes que la limpiada ha terminado; siendo así, beben los dos calabazos de chicha que cada fiestero ha llevado; suenan los cohetes; "el albacero se ha ganado la comida", dicen y por lo tanto merece los honores de la mesa. El fiestero lo cuidará con carne y "mute", aparte de más chicha y aguardiente. Después de almorzar el albacero se marcha a su casa. Allí esperará al fiestero, quien a la tarde irá portando más chicha, más aguardiente y más comida.

Ocho días después de la limpiada de la iglesia llegará el señor cura a oficiar los actos religiosos.

XIII

INSTRUMENTOS, MUSICA Y DANZA

Los conjuntos musicales de los calderas, verdaderas chirimías, tienen merecida fama tanto por el número de los músicos como por la belleza de sus interpretaciones. Muchas de ellas son suaves y delicadas, tonadas tristes la mayoría pero también las hay alegres. Los instrumentos musicales son pocos.

La flauta (**kuvi**), hecha de carrizo de unos setenta cms. de longitud; consta de siete huecos labrados con fuego: el de la parte superior que sirve para soplar; treinta y cinco cms. más abajo encontramos los otros que corresponden a los dedos de las manos mediando tres cms. entre y uno y otro. Distinguen dos clases de flautas: las que dan sonidos melódicos, **kuvinéhuish** (flauta mayor) y las que dan sonidos bajos, **kuvinuch** (flauta menor).

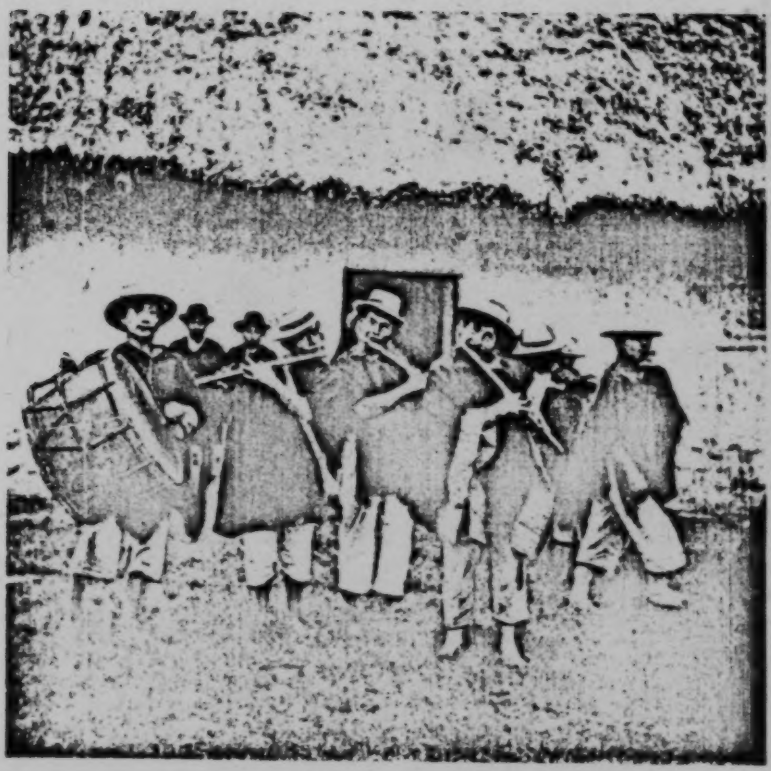
El bombo (**kut**), hecho con piel de oveja, becerro, cabro o venado, peladas mediante la fermentación sufrida bajo la tierra.

La pandereta, en cuyo ruedo lleva varios pares de latas circulares movibles que producen un ruido acompasado.

El redoblante o caja y el triángulo para llevar el ritmo.

Algunos indígenas tienen y tocan tiples adquiridos en Popayán, aunque hay algunos facturados por ellos mismos con conchas de armadillo.

Las siguientes son las composiciones de tipo ceremonial que no van acompañadas de danza:



Kulá ik kui (toro—matanza—pieza). Composición musical que se toca en el momento de matar la res, con la cual se va a cuidar al albacero y a los peones del fiestero. Los informantes manifiestan que esta pieza musical no tiene más significado que el de divertir a las gentes.

Plaza pá kui, composición musical que se toca cuando los músicos llegan a la iglesia.

Misa kase kui, se toca al finalizar la misa.

Chichi pékue kui, tocan cuando pican la carne para cuidar al albacero. Los peones toman los trozos de carne sobre un tronco y con la peinilla la cortan en pedacitos.

Hay otras composiciones propias de la ceremonia del matrimonio.

Novio mesa úku, se tocan al comenzar la comida de los novios.

Úpiate kui, tocada a la mitad de la consumisión del banquete nupcial.

Tunzi kamba kui, tocada al final del banquete nupcial.

Todas estas composiciones son melodiosas, con tres o cuatro compases.

Las fiestas religiosas, las mingas, los matrimonios, los bautismos son las ocasiones para la música. Está ausente en los entierros, de igual manera que en los velorios de los niños.

Las composiciones musicales se aprenden de los "mayores" y por propio interés. Desde niños aprenden a tocar con maestría el bombo, el redoblante y el triángulo. Con la flauta ensayan después. Si bien los instrumentos de ritmo los tocan gran número de gentes, los de la melodía (flautas), son escasos, concentrándose más bien en contadas familias.

Las mujeres no manejan ningún instrumento musical..

El canto secular es desconocido; solo letrillas religiosas se cantan a la hora del rezo, de la misa y de la procesión.

El baile de los calderas es estilizado y recuerda con mucho al bambuco colombiano. Se baila por parejas mixtas, sueltas o amarradas. Por lo general los bailadores adquieren un cierto aire de gravedad y concentración y los espectadores siguen con atención sus movimientos. La mujer mantiene siempre la cabeza agachada con su mirada dirigida al suelo, atenta a las notas musicales que parece interpretarlas con su movimiento. Un pie adelante seguido de un traspiés; alternan luego; rápidamente corta el camino al parejo; da media vuelta. Los brazos los inmoviliza en el abdomen.

El hombre, en cambio, lleva la frente levantada, los brazos inmóviles sobre los muslos, su rostro refleja alegría. De cuando en cuando lanza un grito: "Viva el partido conservador!" "Viva el Cauca!"

Es costumbre el baile del fiestero y el albacero con sus mujeres intercambiadas, después de los "cuidos" respectivos.

En los bailes de matrimonio es regla iniciarlos los novios y padrinos únicamente. En medio del baile y por varias veces los novios se arrodillan a sus padrinos para recitarles el bendito. La novia al padrino y el novio a la madrina. Aquellos los bendicen y les pasan la mano para que se levanten. Después del baile de novios y padrinos pueden bailar los demás asistentes, quienes en medio del baile también se saludan colo-

cando la mano derecha sobre el hombro izquierdo correspondiente y estrechándoselas luego.

Si bien que algún escritor de la colonia habla de danzas específicas en la actualidad sólo se recuerda y dícese practican en Avirama: la danza del pajarito (**vicha ku**), bailada por las muchachas al amanecer. Los informantes de Calderas dicen que es muy fea y que por lo mismo no la bailan. Posiblemente corresponda al Itza - ko anotado por Pittier de Fábregas.

XIV

EL GRAN DIA

Antes de que la alborada asome su tez blanca por los negros rebordes de las cumbres de oriente, las mujeres ya han abandonado el duro lecho de las pieles de res y activan el cocimiento de los alimentos, atizando presurosas el fuego de la cocina. Entre tanto, los hombres conversan y ríen a mandíbula batiente. La casa del fiestero está en pleno movimiento. A las seis de la mañana hombres y mujeres han desayunado con "mute", coles, plátano, yuca y carne. En seguida las mujeres ponen a cocer en una paila de cobre de un metro con cincuenta centímetros de diámetro, el mute con que almorzarán los peones y se atenderá al albacero después de las vísperas. Junto a esta vasija se coloca otra de arcilla, ligeramente inferior en tamaño, rebosante de maíz deshollejado con ceniza. Cuatro arrobas de maíz, aproximadamente, se consumirán en este día.

Con los haces de leña apiñados en un rincón de la cocina, y el agua almacenada en ollas, las mujeres se sienten en derredor del fuego a dar de lactar a sus críos, hilar la lana, tejer sus jigras y conversar sobre cosas del diario vivir.

Con el correr del día habrá sacrificio de la res; donación del "camarico" al señor cura; saludo al albacero; celebración de vísperas con juego de vacaloca; concluyendo con la comida que el fiestero dará a la media noche. Para el día siguiente habrá misa, procesión, entrega de las banderas a los nuevos fiesteros y cuido al albacero.

XV

ESCENAS ENTRE FIESTERO Y ALBACERO SEGUNDOS

El sol del día señala las nueve de la mañana. En casa del albacero se oye los sordos sonidos del bombo, y la melodía de las flautas.

Mientras tocan, llega el fiestero y su mujer a visitar al albacero con una olla de sancocho, una botella de aguardiente, un volador y una vela. El fiestero entrega lo suyo al albacero y su mujer a la esposa de éste. Se sientan cerca del fuego. El diálogo es interesante:

Albacero: El albacero siempre está detrás del fiestero. Vamos a hacerlo bailar.

—Fiestero: Tomando chicha nos reiremos.

Reitéranse los ofrecimientos de chicha y aguardiente.

—Vamos a la matanza de un torito.

—De golpe el toro me mata a mí, replica el albacero cortándole la invitación al fiestero. Y agrega:

—Usted cuida mucho; parece que tuviera más cosas. Yo no tengo nada.

—Nosotros no somos cualquier familia. Somos Muse, responde el fiestero.

—¿Qué quiere de mí que está cuidando mucho? Pregunta el albacero.

Entre tanto otros hombres expresan conceptos en tono sentimental y filosófico:

—Este es nuestro pueblo... Tenemos que hablar... Cuando nos muramos no volveremos más.

—Porque ahora que estamos vivos, y en nuestra tierra, debemos vernos con frecuencia.

El viejo dueño de la casa interrumpe la conversación:

—Está bien que estén acompañando. (**Eviuha guechi pikin ustau**).

Es la hora de matar la res. Los fiesteros abandonan la casa del albacero. Los músicos siguen detrás.

XVI

SACRIFICIO DE LA RES

Desde el día anterior la res ha permanecido frente a la casa amarrada en un poste. Contiguo a ella están varios montones de largos maderos secos.

A eso de las diez de la mañana los invitados especiales del fiestero se alistan para matar la res. Son cuatro. Los músicos entonan el **kula kui** mientras otros hombres empiezan a formar trozos pequeños de los largos maderos secos. Leñadores, matadores y músicos inician a un tiempo la actividad. La leña servirá para asar la arepa.

De los matadores uno recoge la sangre en un caldero, otro la sujeta de la cabeza y procura taparle los ojos; piensa que de no hacer así, lo embestirá otra vaca cuando vaya a cogerla.

Después de desollarla, la descuartizan siguiendo determinado orden. Las patas traseras (**chinda**), las patas delanteras (**kuse**), los muslos (**himbé**), los brazos (**pala**), la cola (**mens**), la carne del pescuezo (**chikichichi**), el sebo (**sepo**), intestino delgado (**chunchullo**), intestino grueso (**meto**), estómago (tu-

chi), tráquea **(pechita)**, pulmón **(mechto)**, corazón **(ús)**, hígado **(mechi)**, hiel **(muahi)**, páncreas **(shape)**... Conocen la mayoría de los órganos con sus nombres, pero desconocen su fisiología específica.

De los pedazos de carne unos van directamente a la paila del "mute", que está hirviendo y con lo cual almorzarán los peones; los otros a la barbacoa donde pueden recibir el humo de la cocina.

En el interior de la casa, en el **ñuhne wala**, las mujeres en dos metates muelen maíz deshollejado para hacer arepa. Con harina de maíz y agua forman una masa que varias mujeres se encargan de darle una forma circular con las manos. En cocina aparte, dos mujeres y dos hombres se ocupan de asarlas. Primero las endurecen en un tiesto y terminan el cocimiento en el rescoldo del fogón. Un hombre de edad recoge las que están cocidas en una mochila. El otro se ocupa en entonar letrillas religiosas y en rezar. La arepa sirve para cuidar al albacero en el día siguiente.

Esta actividad la realizan con entusiasmo las mujeres.

—Los días de la fiesta son para charlar, dice una mujer.

—La vida sólo se la vive emborrándose, pregona otra.

XVII

"CAMARICO" PARA EL SEÑOR CURA

A las cuatro de la tarde fiestero y fiestera, acompañados de sus mayordomos, del cabildo, de los músicos y demás gentes, con los estandartes de la iglesia adelante, y con derroche de pólvora, desfilan hacia la casa cural. Cada uno lleva un presente al sacerdote llamado "camarico" y que consiste en vituallas y carne: plátano verde, papas, huevos, carne y sal. Primero entrega el hombre y luego la mujer. Representa un testimonio al señor cura por haber asistido a celebrarles la misa. Los mayordomos también lo obsequian con huevos.

En casa del albacero suenan flautas y tambores y salen gritos dando a entender que están listos para recibir el saludo del fiestero.

XVIII

DERROCHE Y PROTOCOLO

Son las cinco de la tarde. En casa del fiestero suenan los cohetes, mientras que en la del albacero se nota agitación.

Uno y otro poseen sus chirimías. La hora del saludo y del intercambio de regalos ha llegado.

El fiestero y la mujer, precedidos por las banderas de la iglesia y seguidos por numerosos acompañantes, las imprescindibles melodías de las chirimías y el reventar de los cohetes y voladores, han salido de su casa con sendos platos cubiertos con pañuelos de vivos colores y sobre los cuales llevan el regalo para el albacero y la mujer, respectivamente, consistente en un bizcochuelo, una botella de aguardiente, una bujía grande de cera de laurel y dos pequeñas, un volador y un cohete; un ayudante lleva, además, un caldero de chicha. El cortejo avanza parsimoniosamente. El albacero y esposa, por otra parte, también han salido de su casa, con su séquito de acompañantes, el tronar de los cohetes y los acordes musicales, llevando consigo el mismo regalo que traen los fiesteros: chicha, aguardiente, bizcochuelo, cohetes, voladores y velas. Un ayudante lleva una vistosa lámpara, hecha con varas flexibles en forma de semiesfera, adornada con una película blanca semejante al papel, obtenida de la cabuya (1) y flores de variados colores; cuatro carrizos tiene para clavar las velas.

Es albacero espera al fiestero muy cerca de su casa.

En el momento del encuentro, el fiestero y su mujer toma cada uno las banderas de la iglesia, prenden velas, que a su turno también son encendidas por el albacero y su mujer. Las intercambian: el fiestero con el albacero y las mujeres entre sí. Luégo se arrodillan quedando vis a vis los varones y las hembras. El fiestero presenta el saludo ceremonial:

—"Mi compañero: Nos encontramos en este punto. Vine a verlo. Reciba este bizcochito aunque esté muy desabrido."

—"Así estamos acompañando en este punto", responde el albacero.

Mientras los labios pronuncian esas palabras, las diestras de ambos tocan los hombros izquierdos respectivos y estrechan luégo las manos; las mujeres se saludan en idénticos ademanes; acto seguido la fiestera saluda al albacero y el fiestero a la mujer de aquél. Obsérvase el mismo protocolo. Inmediatamente intercambian los regalos: los maridos por una parte y las esposas por la otra. Todo se reparte entre sus acompañantes respectivos. Unicamente las velas conservan.

En todos estos actos la música no ha dejado de sonar, alter-

(1) Fourcroya andina.

nando el conjunto del albacero con el del fiestero. Las tonadas son alegres, el entusiasmo creciente, nutridas las explosiones de los cohetes.

Cuando todo se ha consumido devuélvense los platos, los pañuelos y los calderos expresándose mutuamente sus profundos agradecimientos. El albacero invita al fiestero:

—"Mi hermano: Ahora vamos a mi casa. No tengo nada que ofrecerle, pero qué vamos a hacer."

—"No tenga cuidado. Yo también estoy en las mismas condiciones que usted."

En casa del albacero permanecen todos hasta que el repique de las campanas les anuncia el rezo. Asisten muy pocos y por obligación el fiestero y albacero. Los músicos van detrás. El albacero coloca la lámpara que ha dos horas exhibió en el saludo.

El alumbrado de la iglesia es suficiente. Consta de unas setenta y dos velas, de las cuales las del altar son del fiestero y el resto del albacero. Existen cuatro lámparas flotantes del tipo ya descrito. Sobre atravesaños sostenidos por vigas verticales y situados uno cerca del altar y el otro a la puerta de salida, vénse numerosas bujías sostenidas en barro fresco, de igual modo que en las cornisas de las paredes.

Los actos religiosos son acompañados con la música indígena: tonadas monorrítmicas y tristes alternan con aires alegres.

XIX

ANTORCHAS Y VACALOCA

Mientras en la casa del fiestero los hombres matan la res, forman los haces de leña y las mujeres tuestan las arepas, en casa del albacero suena la chirimía, se bebe en totumas la chicha, se manufactura la lámpara y se forma la vacaloca. De los ángulos de un rectángulo, hecho con cuatro varas atadas con bejucos, amárrase en semicírculo varas flexibles; sobre éstas envuélvese un cuero de res; en la parte anterior átase un cráneo de vaca con sus astas; los huesos frontales se cubren con papel periódico en el cual, y con carbón, se dibuja los ojos, nariz y boca de la vaca; los cuernos se envuelven con una tela saturada de cera de laurel; en la parte posterior un atado de cabuya desflibrada forma la cola. Además, se manufacturan con la misma tela encerada, tres an-

torchas y un mechón a manera de cruz, exclusivamente para el alumbrado.

A la salida del reso, un muchacho fuerte y membrudo agarra sobre sus hombros la rústica vacaloca, encienden los encerados cuernos y antorchas que previamente las han tomado otros jóvenes, suena la música, se prenden los cohetes y se comienza el juego. Los jóvenes bregan por quemar la cola y la vacaloca por perseguirlos y cornearlos con sus encendidas astas. Comienza la algarabía y el loco frenesí. Todos corren, todos desafían las embestidas del simbólico animal. De pronto la vacaloca pisa en falso, cae estruendosamente, provocando la hilaridad general. Fiestero y albacero, músicos, acompañantes y jugadores empiezan a desplazarse a casa del albacero. Allí terminan el juego cuando el combustible de las antorchas se agota y los jugadores caen vencidos por la fatiga.

Dentro de la habitación, en el **ñuhme wala**, los músicos en un rincón, las mujeres sentadas en el suelo, los hombres en los **pangue**, con sus rostros dorados por los resplandores de las antorchas, esperan el reparto de los calabazos de chicha y los litros de aguardiente con que el albacero atiende al fiestero. En el centro de la sala y contiguo a uno de los **pangue** está una tosca mesa, negra de humo, mugre y tiempo con dos velas encendidas en sus extremos; tres calabazos de chicha asentados sobre bagazos de caña; dos botellas de aguardiente junto a los calabazos de los extremos; junto al del centro un litro de aguardiente. El centro de la mesa lo ocupa el fiestero, a su derecha se sienta su mujer y el síndico a su izquierda. Se acerca el albacero, toma el litro en sus manos, mide una copa y la brinda al fiestero. Este la recibe, bebe y se la devuelve. De manos del albacero recibe la copa y el litro. En idéntica forma procede con el calabazo, en cuyo interior se encuentra el **shachi léchukue**. De la misma manera brinda las otras botellas y calabazos a la mujer del fiestero y al síndico. Se inicia el repartimiento para el cual fiestero, fiestera y síndico llaman tres hombres para que se encarguen de distribuir el generoso presente. El aguardiente lo reparten sus propios dueños poniendo en cada copa pedacitos de bizcochuelo. La algarabía crece en proporción directa del consumo. Todos beben por igual: hombres, mujeres y niños. Es el momento del chiste verde, nutrido y abundante. La hora en que la fantasía se aclara y vuela. La temática es casi única: el sexo en todas sus formas y manifestaciones: deseos, reali-

naciones, galanteos, embarazos, partos, genitalia y aún simulacros de coito en público. Cualquier alusión al sexo causa hilaridad; muchos aspectos de la vida, actitudes, trabajo se asocian al sexo.

A la media noche han secado botellas y calabazos. La música ha sido contínua, la borrachera creciente... Pero todavía no se ha terminado. En la casa del fiestero los esperan con otro presente.

El fiestero y albacero bailan con sus mujeres intercambiados. Terminada la danza todos salen y se sumergen en la negrura de la noche por senderos que no se ven, se adivinan. El sonido del bombo indica que las gentes, los **nasa wala**, se encaminan a la casa del fiestero.

Allí se encontrará la luz pálida y amarillenta, la mesa contigua a un pango y hacia el centro del **ñuhne wala** con sus dos velas encendidas, sus calabazos de chicha y sus botellas de aguardiente. Esta vez es el albacero quien se sentará al centro, su mujer a su derecha y a su izquierda el síndico. Se observará la misma etiqueta y los mismos cumplidos. Terminados los licores, vendrá la comida de coles y carne: grandes bateas para el albacero, la mujer y el síndico. A los demás se servirá en platones. Todos sorberán el caldo, exprimirán carne y coles con la mano y las guardarán en sus jigras.

Vencidos por la fatiga de varias noches en vela, por la chicha y la comida dormirán en el suelo. Cuando la alborada anuncie el nuevo día la inmensa sala, el **ñuhne wala**, presentará el espectáculo de grupos de gentes dormidas en promiscuidad de sexo y de edades.

XX

LA PROCESION DEL SANTO

Inmediatamente después de la misa, con asistencia de los que la oyeron y de los que no la oyeron también, se da comienzo a la procesión, esencia de la fiesta según el decir del Padre González. La imagen de San Juan adornado con muchas flores es paseada en andas por los devotos que se relevan con frecuencia, dan la vuelta a la iglesia con gran derroche de pólvora y al final queman el castillo. La música no cesa de tocar e incluso se entonan cánticos religiosos. Terminada la procesión y colocado el santo en el altar, los hombren montan en sus caballos, la mayoría en pelo, y se lanzan frenéticos a

correr por los llanos de la localidad. Se da rienda suelta a su entusiasmo, expansión a su espíritu y se despierta el afán de jugar. Grupos de caballeros en veloz algarabía van dejando atrás sus gritos de "Viva San Juan". En la vida diaria las acciones han sido lentas. Esta vez el movimiento y el bullicio parecen ser réplica a la lentitud y pesantez del diario vivir. Las bestias sudorosas llegan a las casas donde tienen un rápido descanso mientras sus amos beben con avidez el guarapo que les brindan los caseros.

Los fiesteros y albaceros con gran acompañamiento de gentes se acercan nuevamente donde el señor cura. Llevan los nombres de los fiesteros del próximo año. El sacerdote va leyendo en voz alta los nombres de los fiesteros, de los albaceros, de los mayordomos. Cada nombre pronunciado va acompañado de un campanazo que un fiscal se encarga de darlo; terminado el anuncio se da un repique general. De 15 a 20 mayordomos se asesora cada fiestero.

En seguida, frente a la puerta de la iglesia, arrodillados, los viejos fiesteros entregan las banderas a los nuevos. Realizan la procesión y al terminarla, en el lugar mismo donde se traspasaron las banderas, entréganse éstas al síndico, quien las bate una por una en el aire y termina como clavándola al suelo. Si por casualidad la bandera se envuelve en su propia asta alguna desgracia le pasará al nuevo fiestero. Generalmente es un presagio de muerte que llena de inmensa tristeza al fiestero cuya bandera ha tenido este suceso.

Ahora, cada fiestero marcha a su casa portando en sus manos la bandera del santo.

XXI

BANQUETE PARA EL ALBACERO

Después de la procesión el fiestero acude a la casa del albacero, donde es atendido con los consabidos calabazos de chicha y las botellas de aguardiente. Finalizado este ágape, la concurrencia se traslada a casa del fiestero. En el centro de la sala destácase, contigua al pango, la mesa con dos velas ardiendo en los extremos, los calabazos de chicha y los litros de aguardiente. Hacen los honores de la misma, el albacero, síndico y sus respectivas mujeres. Con la etiqueta y cumplidos conocidos se les brinda el presente y se efectúa el reparto correspondiente.

Los peones y los fiesteros se mueven de la sala a la cocina y de ésta a la sala. **Guechi pikin ustau** (estamos acompañando), dicen aquéllos, al entrar al **ñuhne wala. Anjiha,** responden los asistentes.

La cocina está repleta de alimentos cocidos y las mujeres se afanan en llenar los platos de variados tamaños; grandes unos, medianos otros y pequeños los más. Los repartidores se encargarán de pasarlos al destinatario. Esta vez servirán tres platos diferentes:

1º Arepa y carne; 2º Sancocho compuesto de plátano, papa, arracacha y carne picada; y, 3º Yucas, coles en rama, cocidas, y carne.

El albacero y mujer, síndico y esposa son congratulados con una batea de cada uno de estos tres "servidos". Los mayordomos reciben en menos cantidad y el resto de los asistentes en los platos de consumisión diaria.

De estos "servidos" sólo el último se reparte cuando la asistencia es numerosa. Todos van provistos de jigras. Sorben el caldo, exprimen los sólidos con la mano y los guardan en ellas. La borrachera y el sueño hace que pocos hablen.

Después de comer, o mejor, de colectar comida, suena la música. El fiestero y albacero bailan con sus esposas intercambiadas. Llevan en sus manos velas encendidas. La danza es lenta, pausada, trastrabillante. Al terminar todos se dirigen a casa del segundo fiestero a entregarle las banderas de la iglesia. Este repetirá los mismos actos religiosos y sociales, con la misma etiqueta y los mismos cumplidos.

XXII

UN BAÑO POR SAN JUAN

A las cuatro de la mañana del día 24 de junio en todas las casas están en pie, hombres, mujeres y niños. En la del fiestero brilla el fuego de la cocina, se cocinan los alimentos y todos beben y conversan. Por fuera, en la espesura de la noche, vense subir disparadas numerosas luces en cuyo final brilla una centella acompañada de una explosión: son los voladores que salen de los bohíos. A cada explosión se suman los gritos: San Juan! San Juan! San Juan!

El día anterior y en cada una de las casas habíase arreglado un chorro de agua a manera de ducha. Ahora todos se bañan. Este baño va acompañado de cohetes y gritos. Cons-

tituye una de las pocas oportunidades en que el indígena se baña. Pues, si bien es cierto que en la niñez el baño es un tanto frecuente, los adultos se bañan únicamente por la fiesta de San Juan, en la limpiada del hielo de la muerte o cuando tienen fiebre.

El baño de San Juan tiene la virtud de evitar que tanto las personas como los animales pertenecientes a cada una de ellas, contraigan llagas (chande). No obstante uno de los amanecidos en la casa del fiestero, que no se ha bañado disculpa su temor: "Yo no me bañé. No tengo animales. No importa que me vuelva chandoso".

—Usted sí tiene aunque sea "dos animales". Báñese: Le replica en tono picaresco y burlón el vecino.

—Me baño, pero no todo el cuerpo, sino mi... solamente".

El diálogo sigue en ademán subido y jocundo.

Después del baño cogen un gallo. A los chillidos de éste todos hacen coro: San Juan, San Juan, San Juan. Lo matan. A las seis de la mañana están paladeando sancocho de gallo.

En casa del fiestero se oye el siguiente diálogo entre los padres al oír llorar a su propio hijo:

Padre: Yo quiero pegar a ese hijo porque llora mucho.

Madre: Por qué va a pegar a su hijo. El no tiene la culpa. La culpa la tiene su pene.

A las cinco de la mañana el fiestero y su mujer han salido a casa del albacero con su "camarico": chicha, aguardiente, cohete, volador, velas, gallina, plátano, arracacha, yuca, carne, cominos y sal. A las seis están de regreso.

Los músicos hacen sonar sus instrumentos y las gentes bromean. Uno de ellos suelta uno picaresco y burlón, denotando la acción de la noche anterior: "Yo no voy a misa, porque no tengo calzón. Tengo pero se ha pintado". A los repiques de la campana los músicos y algunas gentes acuden a la misa.

XXIII

EL DÍA DE LOS PEONES

Cuando todo ha pasado, el señor cura se ha marchado a Belalcázar, los músicos con los labios hinchados y sus gargantas afónicas se han retirado a sus hogares, las gentes han quedado ahitas de chicha y aguardiente, el fiestero todavía tiene que atender —cuidar— a sus serviciales peones.

Ellos no han tenido oportunidad de desfilar ni a la casa del albacero, ni a las vísperas, ni a la procesión. Ni siquiera emborracharse al tenor de los visitantes. El fiestero también está muy agradecido de sus servicios. Ahora en pago de ello tiene que cuidarlos. Para eso ha dejado parte de la res bajo el humo del fogón. Tendrán su canoa de chicha, sus botellas de aguardiente, sus cohetes. Se los servirá en la mesa en que se atendió al albacero y en la misma forma. Abundancia de comida y de bebida será el testimonio de su gratitud. También traerán los músicos y bailarán. Amanecerán como aquellos de la fiesta, revolcándose en el suelo.

XXIV

CORRIDA DE GALLOS EN TUMBICHUKUE

El nombre de **Tumbichukue** es familiar a los colonos de todo Tierradentro. Es sinónimo de fabulosos tesoros. En este lugar, se dice, enterraron los paeces todo el oro y la plata que recogieron en la desgraciada población de Sebastián Quintero destruída por ellos.

Tumbichukue es una vereda formada por las faldas orientales del páramo de San Lucas y comprendida entre el **Kukiyú** y la quebrada **Yusayú** (Guacharaca). Pertenece a la parcialidad de Lame y precisamente por allí atraviesa el camino que va de San Andrés a Lame. El tránsito por este camino es frecuente. Sus gentes más accesibles al blanco.

El 24 de junio los hombres corren a lo largo del camino en sus caballos. Es costumbre de los indios y de los blancos "correr el día de San Juan". Los blancos dicen que quien no corra sus caballos en el día de San Juan les da chande. Los caballos pequeños y membrudos soportan jadeantes las exigencias de su jinete ebrio. Carrera desenfrenada y grito a voz en cuello: Viva San Juan!

Las gentes de la vereda acuden a una pequeña plazuela del camino, junto a la cual vive el capitán de Lame. Indios de San Andrés llegan a hacer coro a la corrida de gallos. En cambio, a pesar de la cercanía, ningún calderuno se mira por allí. Las mujeres que se observan aquí son limpias y llevan bien trenzado su cabello; visten falda negra, rebozo azul marino, blusa rosada, numerosos collares abigarrados, zarcillos brillantes y sombrero de paño. La monotonía de los collares oscuros o negros, característica de la indumentaria páez, casi desaparece entre estas gentes. El clásico sombrero de pindo que llevan los calderas desaparece. El castellano se habla con más frecuencia.

Todos los caballeros están pendientes de la jaula y de los gallos.

La jaula es muy parecida a la lámpara del albacero calderuno, con la circunstancia de que las varas van adornadas con un melado de panela (melcocha) y portan cuatro banderitas. Alguno de los caballeros da alcance a esta jaula y el próximo año tiene que entregarla tal como y conforme se la

apropió. El melado se reparte entre el público y las banderitas las toman los amigos de quien alcanzó la jaula; tienen que contribuir a los gastos.

Luégo viene la corrida de los gallos. Es lo más espectacular. Todo el público está pendiente de las incidencias del juego. Los caballeros corren veloces de un extremo a otro. Al pasar por debajo del gallo, levantan la mano con el fin de arrancarlo; apenas si lo rozan. Aumenta el frenesí de los caballeros, la algarabía de las gentes, el reventar de los cohetes. De pronto hay un chillido atroz seguido de un silencio rápido. Dos caballeros agarraron al tiempo el gallo y en sus manos quedaron los pedazos en cuya carne tiembla todavía la vida. El próximo año tendrán que volverlo vivo.

Un informante explica que quien coge la jaula equivale al fiestero, el gallo al albacero y las banderas a los mayordomos.

Lo que de aquí en adelante sigue pertenece a la báquica alegría.

Una chirimía hace las delicias del público.

XXV

LA FIESTA Y LOS NUMEROS

Los fiesteros son muy parcos en el suministro de informes acerca de la cuantía de sus gastos. Apenas se contentan con decir que gastan mucho dinero y entre las cosas que compran están la arracacha, plátano, yuca, caña de azúcar, pólvora, cera, sal, coca y las reses.

No obstante, he aquí el valor de los gastos que suministró un fiestero gracias a la insinuación que en ese momento hizo el sacerdote que oficiaba las ceremonias religiosas.

Por lo general matan tres reses: una al recibir la fiesta, otra para la limpiada de la iglesia y la tercera para el cuido del albacero.

Artículos comprados	Costo
1 toro ... ...$	40.00
1 novilla	35.00
1 ternera...	12.00
20 arrobas de maíz, a $ 0.60 cada una...	12.00
Caña de azúcar	2.50
2 libras de pólvora...	7.00

1 libra de pabilo	2.50
Plátano	2.50
Arracacha	7.50
1 arroba y media de sal	7.50
2 libras de anís	20.00
Derechos del señor cura	20.00
Total ... ...$	168.50

A esto debe agregarse la compra de coca para los peones.

La fiesta resulta, pues, costosísima para los indios que no tienen dinero, ni producen para vender, ni sus ganados los enajenan por valores numerarios sino por cambio. Es cierto que los mayordomos contribuyen con un peso para pagar los derechos del señor cura y que la mayoría de los visitantes llevan víveres al fiestero; no obstante esto, en el haber del fiestero no queda más que deudas, de las cuales no saldrá antes de los tres años.

XXVI

FIESTAS RELIGIOSAS

Entre los paeces no existen fiestas seculares colectivas. Todas son religiosas. Celebran con pompa y esplendor: San Andrés, Semana Santa, San Juan, San Pedro y San Pablo, La Santa Cruz, El Día de Difuntos, La Inmaculada Concepción...

El misionero lazarista David González dice que ya desde 1689 las fiestas estaban organizadas tal como se las encontró en 1905, vale decir como están hoy en día. Cada pueblo fue favorecido con un santo patrón y con varios otros protectores. No obstante esto, sólo San Juan Bautista y San Pedro y San Pablo, cuyas fiestas se celebran cuando el maíz está en macollaje, las lluvias arrecian y los vientos soplan con violencia; el día de difuntos, con su ofrenda a las almas; la Inmaculada Concepción, cuando abundan los cereales; y la Semana Santa (El Resucitado) fueron las fiestas y santos que más entusiasmos despertaron y echaron raíces más profundas en el alma de estos indígenas.

Los paeces, y en especial los calderas, son religiosos en lo externo, no en la convicción; amigos más de la forma que del fondo. Así lo revelan las fiestas religiosas de estos natu-

rales. Son pocos los que oyen misa y menos los que rezan en las vísperas. Para la gran mayoría las fiestas religiosas significan derroche de pólvora, luces, aguardiente y chicha. La abundancia de la comida. El placer de la reunión. La alegría del contacto. La música lenitivo de penas y el baile exteriorización de sentimientos. Es la expansión que provoca las reuniones, el chiste sexual que brota en ellas sin recelos, es la borrachera continua. Es la exhibición de la generosidad, la gimnasia de la cooperación y el altruismo.

El sacerdote en castigo de la inasistencia a la misa del fiestero y albacero principales se negó a verificar la procesión. Estos, tambaleantes de chicha y de vigilia, llegaron al final de la misa, se informaron de la determinación del pastor de almas, quien, además, les recomendó reservaran la pólvora para la procesión del día siguiente. Salieron. Y aunque no dieron la vuelta a la iglesia, ni portaron sobre sus hombros la imagen del santo, quemaron todos los cohetes, los voladores y el castillo, a los acordes de su música aborigen. La procesión se realizó simbólicamente.

Las mujeres y los hombres son oscuros en su piel y en su indumentaria. En estas fiestas no es raro verlos ataviados en colores vivos y chaquiras de vistosos colores.

BIBLIOGRAFIA

Bernal Villa, S.—MITOLOGIA Y CUENTOS DE LA PARCIALIDAD DE CALDERAS, TIERRADENTRO. **Revista Colombiana de Antropología.** Nº 1. Bogotá. 1953. pp. 279-309.

Castillejo, Roberto.—ENSAYO SOBRE EL DESARROLLO DE LA VIVIENDA EN LOS DEPARTAMENTOS DE LA COSTA ATLANTICA. **Revista de Folklore.** Nº 1. Bogotá. 1952. pp. 129-175.

González, David.—LOS PAECES. Inédito.

Hernández de Alba, G.—THE HIGHLAND TRIBES OF SOUTHERN COLOMBIA. **Handbook of South American Indians.** Vol. 2. Washington. 1948.

Yepes Agredo, S.—ADIVINANZAS CON PLANTAS EN LA HOYA DEL CAUCA. **Revista de Folklore.** Nº 6. Bogotá. 1951. pp. 256-287.